

Exposición múltiple



© 2015, de los autores

© 2015, de los fotógrafos

© 2015, alter ediciones

www.alterediciones.com

alterediciones@gmail.com

Edición:

Ana De León y Manuel Carballa

Fotografías de portada:

Álvaro Percovich y Tali Kimelman

Diseño y armado:

manosanta desarrollo editorial

www.manosanta.com.uy

ISBN: 978-9974-8486-2-7

Depósito legal: 367-806 / 15

Primera edición: setiembre de 2015

Impresión:

Esta edición de 500 ejemplares se terminó de imprimir bajo el cuidado de Manuel Carballa, en la ciudad de Montevideo, en el mes de setiembre de 2015.

Exposición múltiple



RELATOS + FOTOGRAFÍAS

Guillermo Álvarez Castro	Álvaro Percovich
Gustavo Espinosa	Carlos Contrera
Henry Trujillo	Guillermo Carballa
Horacio Cavallo	Jorge Ameal
Inés Bortagaray	Manuela Aldabe
Inés Garland	Marcelo Casacuberta
Leonardo Cabrera	Mariana Méndez
Manuel Soriano	Pablo Bielli
Mercedes Estramil	Santiago Mazzarovich
Rosario Lázaro Igoa	Tali Kimelman

de Narrativa

alter  ediciones

Veinte formas de contar un secreto

Toda fotografía tiene múltiples significados; en efecto, ver algo en forma de fotografía es estar ante un objeto de potencial fascinación. La sabiduría esencial de la imagen fotográfica afirma: «Esa es la superficie. Ahora piensen —o más bien sientan, intuyan— qué hay más allá, cómo debe ser la realidad si esta es su apariencia».

Susan SONTAG, *Sobre la fotografía* (1975)

Cuando se consulta a los escritores sobre sus procesos creativos, especialmente acerca del punto de origen de sus textos, una de las respuestas más frecuentes es que todo proviene de una imagen. Se trata, en la mayoría de los casos, de una imagen mental apenas vislumbrada que ejerce una cierta fascinación y despierta en ellos la necesidad o el deseo de saber más. Entonces, la escritura se convierte en una tarea que podríamos llamar de *exploración creativa*, que, en su afán de comprender, intenta explicarse a sí misma su fascinación: «¿Por qué me obsesiona esta imagen?», se pregunta el que escribe; «¿qué hay aquí que deba ser mirado con más detenimiento?». El texto resultante de esa búsqueda es un objeto doble: al mismo tiempo, el hallazgo y el mapa del hallazgo.

Este libro juega con esa idea, la de que hay escritores capaces de funcionar como rastreadores de sentido, rastreadores muy particulares, por cierto, dado que persiguen el rastro de algo que ellos mismos deben crear a medida que avanzan. Así, como si se tratara de sabuesos, cada uno de los diez narradores que forman parte de este libro recibió un

puñado de fotografías (seleccionadas por los fotógrafos) y la tarea de escribir un relato o cuento breve a partir de aquella que eligiera. Los textos reunidos aquí son el resultado de ese ejercicio. Y para acentuar un poco más el carácter lúdico de la empresa, cada texto fue asignado luego a otro de los diez fotógrafos para que, a partir de él, realizara una segunda fotografía. Esto amplificó los cruces de miradas y la creación de nuevos sentidos, además de lograr sutiles y curiosas coincidencias. De tal modo, el lector encontrará que cada relato está acompañado por dos fotografías, una que funcionó como su disparador y otra que fue generada por él. Ninguno de los veinte autores participantes podría haber previsto el resultado final del diálogo entre sus creaciones individuales.

La fotógrafa estadounidense Diane Arbus dijo una vez: «Una fotografía es un secreto acerca de un secreto. Cuando más te dice, menos sabes». Quizás este libro sea exactamente eso: veinte formas de contar un secreto, y veinte formas de ocultarlo.

Ex posi ción múl tiple

GUSTAVO ESPINOSA

Fenimore y su Blime

FOTOGRAFÍAS:

PABLO BIELLI

JORGE AMEAL

Para Daniel Barboza

I

Construir tiestos o macetas con pedazos de neumáticos es una perversión. Algunos de esos artistas plásticos que erigen esculturas con blisters de barbitúricos, o los que arman instalaciones con fragmentos de licuadoras de los años 70 y sábanas inmundas, descartadas en los quirófanos, deberían usar la densidad de esa cacharrería oscura; no es difícil poner a significar esas gomas, hacerlas decir cosas ominosas sobre nosotros. A esa artesanía negra se dedicaba Fenimore en el invierno de 1991, cuando vino a Treinta y Tres a vivir con nosotros en una casa de la calle Areguati, que era en realidad una sucesión de cuatro habitaciones heladas y altas, llenas de polvo y hormigas.

No había muchos objetos en aquella casa. Destaco tres: un primus, una pequeña salamandra de fierro que Fenimore me había ayudado a instalar y un casetero marca Crown, conectado a un viejo cubo valvular, viudo de mi primera guitarra eléctrica. Fenimore (esto es: su cabeza barroca que retocaba casi diariamente con un cortapelos a pilas, sus herings de mangas cortadas, el borbollón de bíceps lustrosos) estaba casi siempre sentado entre el casetero y el primus, o entre el casetero y la quematuti, manipulando sus segmentos de goma, agujereándolos con alambre al rojo vivo, oyendo un ruido

ínfimo y enfermo que era Pink Floyd en Venecia o era Machine Head jibarizados por el Crown. Mientras trabajaba, charlando con Salvador, mi hijo deslumbrado, lo rodeaba un aura de polución amarga: el olor a querosén del primus, el tufo incisivo de las gomas quemadas y los matices psicodélicos del hedor a pintura que liberaban, de cuando en cuando, unas latas rojas, azules y amarillas, chicas como dedales entre sus manos. Junto a sus borceguíes dormitaba la *Juana*, una perra que parecía un murciélago gordo al que le hubieran arrancado las alas, o algo así como un desprendimiento de Fenimore, que hubiera quedado orbitando en torno a él.

Un sábado gris, al atardecer, mientras él trabajaba bajo la consternación de una lamparilla de 40 watts en la última habitación (designada como cocina porque allí habíamos colocado el primus), me senté a cebarle mate. Por esa época poníamos pedazos de cucumelo en el termo; de esa forma, veíamos todo un poco más nítido, y los metales y vidrios parecían limpios y nuevos. Estuvimos recordando los tiempos en que nos habíamos conocido en Montevideo, en el apartamento de Brandzen, cuando él era uno de los cuatro negros que estudiaban en el IPA. Por aquella época había empezado a usar el corte de pelo que le había dado el nombrete (aunque la cresta era mucho menos enfática). Pero sólo en Brandzen y en algún otro círculo más o menos letrado lo llamábamos Fenimore. El resto del mundo no tenía más remedio que llamarlo Mario Baracus. Sin mirarme, concentrado en una línea quebrada de pintura roja sobre el neumático, me contó que sus compañeros de no sé qué grupo anarquista clandestino, del que formaba parte por la época en que nos conocimos, le censuraban el corte de pelo, su aspecto en general, por supuestas razones tácticas. Algo tan llamativo, recriminaban, ponía en peligro la seguridad de la organización. Fenimore pensaba que no había más que pacatería estética o mera e insostenible moralina: nada más lejano a un sospechoso de militancia libertaria que un negro aficionado a la halterofilia y con el pelo cortado como un mohicano.



Tabla de contenidos

5 Veinte formas de contar un secreto

9 Fenimore y su Blime

GUSTAVO ESPINOSA



PABLO BIELLI



JORGE AMEAL

53 Fartlek

MANUEL SORIANO



TALI KIMELMAN



M. CASACUBERTA

109 Diálogo entre yo y mí

INÉS GARLAND



S. MAZZAROVICH



MANUELA ALDABE

125 El descenso

HENRY TRUJILLO



MARIANA MÉNDEZ



CARLOS CONTRERA

25 Perro

GUILLERMO ÁLVAREZ CASTRO



MARIANA MÉNDEZ



G. CARBALLA

67 Pantano, continuación

ROSARIO LÁZARO IGOA



CARLOS CONTRERA



MANUELA ALDABE

117 Manuelita y el dinosaurio

MERCEDES ESTRAMIL



Á. PERCOVICH



PABLO BIELLI

141 El sabor de la nieve

HORACIO CAVALLO



S. MAZZAROVICH



G. CARBALLA

35 Corazón

INÉS BORTAGARAY



Á. PERCOVICH



JORGE AMEAL

77 Tormentas

LEONARDO CABRERA



M. CASACUBERTA



TALI KIMELMAN



NOTA: las fotografías con marco negro que aparecen en las páginas de este libro son las que funcionaron de disparador para que los escritores crearan su relato; las que se muestran en marco blanco son el resultado propuesto por otro fotógrafo según su propia interpretación de ese relato.